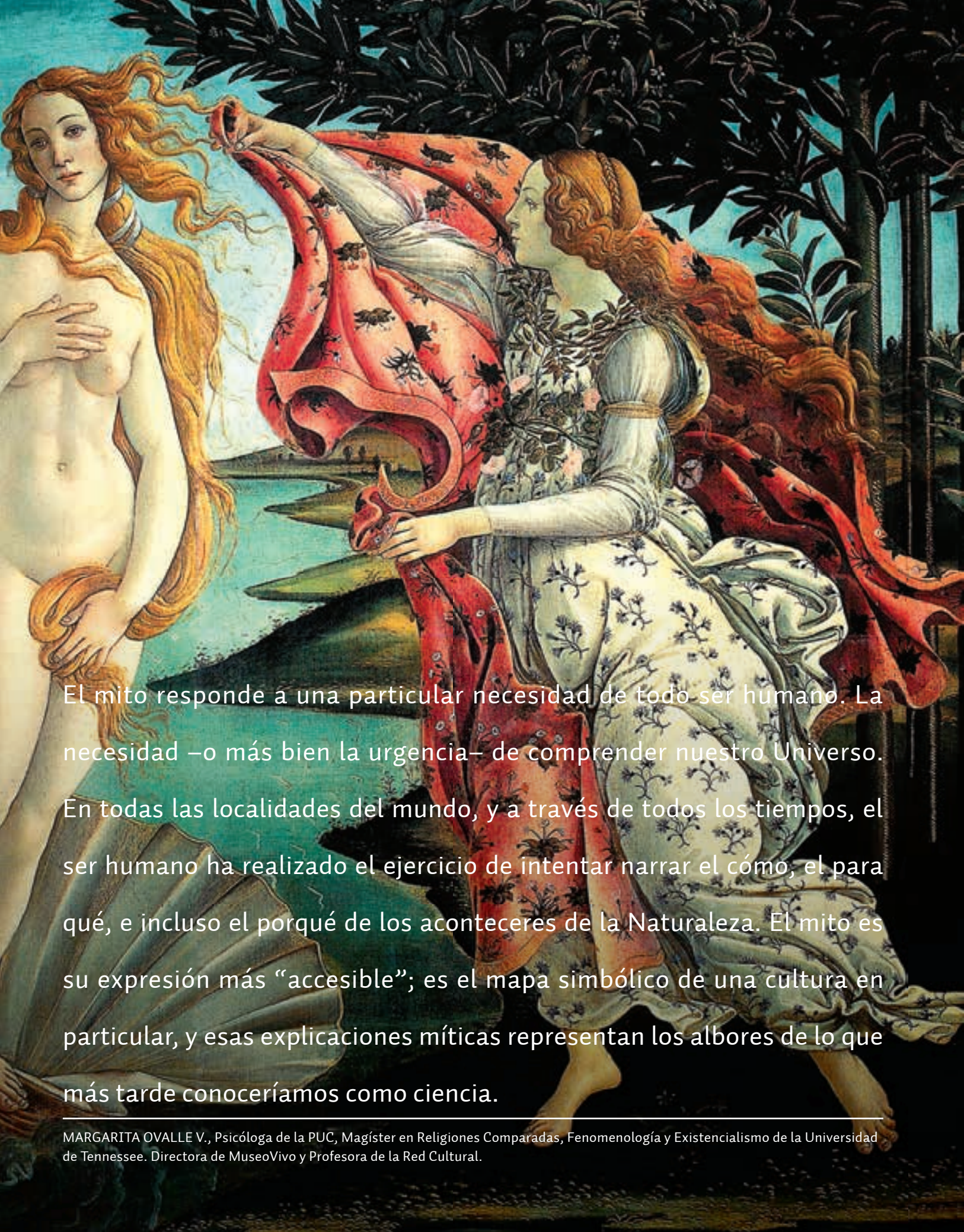




Los mitos, un viaje a
la esencia de nuestras vidas:

Mitos comparados entre Chile y Grecia



El mito responde a una particular necesidad de todo ser humano. La necesidad –o más bien la urgencia– de comprender nuestro Universo. En todas las localidades del mundo, y a través de todos los tiempos, el ser humano ha realizado el ejercicio de intentar narrar el cómo, el para qué, e incluso el porqué de los aconteceres de la Naturaleza. El mito es su expresión más “accesible”; es el mapa simbólico de una cultura en particular, y esas explicaciones míticas representan los albores de lo que más tarde conoceríamos como ciencia.

En todas las culturas imaginables encontramos la misma y singular tendencia a elaborar narraciones que expliquen nuestro Universo.

Los seres humanos nos hemos enfrentado desde siempre a las mismas encrucijadas, necesidades y búsquedas, aunque nos situemos en momentos históricos y geografías muy distintos.

En Chile, nuestros mitos conforman parte de nuestra plataforma cultural híbrida, la de fuertes referentes culturales occidentales y la de referentes culturales de nuestro Chile precolombino. Aquí radica la singularidad de esta comparación mitológica y da pie a su propuesta: comprender nuestra matriz cultural de manera íntegra, desde sus bases sapienciales, ancestrales y antiguas vertientes portadoras del mito. Estas bases necesitan una comprensión que va más allá de la razón y la lógica, porque son parte importante de nuestra identidad cultural, singular y compleja.

Mi particular intención ha sido la de comparar la mitología griega y la chilena desde arquetipos comunes. Estableciendo estas comparaciones mitológicas, podemos comenzar a visualizar las culturas matrices de nuestros mitos y, con esto, comprender nuestras culturas madres. Pero, por sobre todo, es posible comprendernos a nosotros mismos. Consciente o inconscientemente, hemos crecido rodeados por estos mitos y visiones de mundo, las cuales se han expresado muchas veces en historias locales.

Al establecer comparaciones en base a arquetipos, observamos que hay comparaciones que he realizado desde una vertiente – característica o propiedad– de una deidad en particular. Es esa vertiente arquetípica la que se compara con la deidad o mito de otra cultura (en este caso, griega con chilena), pero que, a su vez, podríamos comparar desde otra vertiente con elementos de otras deidades. Es decir, Afrodita comparte con la Pincoya el arquetipo de belleza, fertilidad e inspiración, pero también la Pincoya es la patrona de la fertilidad de la Naturaleza y esta cualidad no la comparte con Afrodita, sino con la diosa griega Deméter.

La realidad mitológica está absolutamente interrelacionada, y esto es lo que la hace rica, atractiva y propia de un dinamismo eterno.

Los mitos: su esencia y recorrido a través de los tiempos

En cada lugar, en cada rincón de la tierra surgen historias, relatos locales, narraciones de lo que acontece o de cómo un grupo humano se explica y le da sentido a un acontecer. Narraciones del presente o del pasado reciente, conectadas por una hebra inmaterial a un pasado remoto, un pasado que comienza con los orígenes de la existencia. A través de estas narraciones las culturas pueden explicarse el cómo y el para qué del funcionamiento del Universo. Ciertos relatos que atraviesan lo individual –aquello que es de interés exclusivamente personal–, y que sobreviven al paso del tiempo, se hacen mito, es decir, se hacen portavoces del hilo esencial de lo humano. Todos tenemos una voz única y propia, pero también compartimos un tejido de relatos que trasciende nuestra propia historia. Este relato, compuesto por el relato de muchos, conforma una base simbólica sobre la que se van tejiendo las diferentes vidas, urdiendo las múltiples tramas del mito.

¿Por qué los mitos? ¿Qué son los mitos? La evidencia que encontramos en la literatura y en los medios de comunicación da cuenta de cómo el mito se ha definido en estos últimos tiempos como ficción, como un relato de lo iluso o sin sentido. Esto, como veremos a continuación, es un equívoco, pero lo más preocupante es que en la medida en que ha

ido transcurriendo la historia de la humanidad y hemos ido avanzando hacia la era del “desarrollo”, nos hemos olvidado de nutrirnos de lo más verdadero y esencial de los relatos colectivos o mitos; nos hemos alejado de la sabiduría que nos dejaron los antepasados a través de sus brillantes narraciones. Hoy en día, incluso no reconocemos o no recordamos muchas veces cuáles son los mitos que sustentan nuestra propia cultura. Al ser el mito una narración de los hechos más importantes de nuestra existencia aquí en la Tierra, podemos aseverar que el mito es la representación de lo esencial del ser humano, porque es la representación y narración de lo humano expresadas en la gran naturaleza de acontecimientos exteriores. Es lo que identifica a un grupo cultural y, a su vez, lo que lo diferencia de otro; es lo que cambia de tiempo en tiempo y también lo que permanece. Es la forma de comprender las constantes variaciones del Universo, el devenir de las matrices que permiten continuar el ciclo de la vida y las civilizaciones. El mito es la narración de una historia sagrada y por eso es siempre verdad, no ficción. Al leer, escuchar o recitar los sucesos de las más sobresalientes historias, sagas, epopeyas y relatos mitológicos, más que hacer un viaje al pasado estamos realizando un viaje hacia la esencia, al centro de nuestra vida como seres humanos.

Los mitos son eternos. No pasarán nunca de moda. Aquí reside su magia especial que logra capturar la atención y la emoción de adultos y niños.

La importancia del mito en Sumeria, Babilonia, Egipto y Grecia

Como hemos visto, el primer mito que surge dentro de una determinada cultura es el Mito Cosmogónico. En las más antiguas versiones de fiestas culturales, a modo de rito, se narra justamente el origen del mundo, el origen del ciclo y sus fases, ese gran Año Nuevo, ese celebrar el ciclo cumplido que nos permite en su día número uno volver a aquel Primer Día. Se trata incluso de no hacer de él una metáfora o pretender “como si” estuviéramos en ese primer día, sino que mágica y ciertamente volver al origen mediante el ritual.

Es sorprendente constatar que la fiesta de Año Nuevo en la antigua Babilonia consistiera efectivamente en repetir o recitar en alta voz y de manera colectiva el Poema de Creación, titulado Enma Elish (“Cuando en lo Alto”).

Si seis mil años atrás encontramos en Sumeria los primeros mitos conocidos de toda civilización –es decir, los que ahora podemos investigar, conocer, recordar–, en la Babilonia de cuatro mil quinientos años atrás aprendimos sobre la puesta en marcha del ritual en sí y, a gran escala, de la representación del mito con su actuación o vivificación, que es el rito.

En definitiva, el rito es el mito vivo. La representación cíclica del mito. La gran importancia dada al rito permitió no sólo un avance religioso y sociológico a su pueblo, sino también fue una gran herramienta política; todo edificio, pueblo o lugar público que se fundaba en Babilonia iba precedido por el Mito de la Creación, el que se recitaba por todos los presentes. Así, esta civilización llegó a convertirse en una gran potencia mediante el constante recuerdo de lo que conformaba lo divino y grandioso para su grupo cultural.

Avanzando en la historia, nos encontramos con que hace cuatro mil ochocientos años atrás, con la unificación del Alto y el Bajo Egipto, mil años atestiguada por la representación de la paleta de Narmer (2.800 a. de C.), este pueblo se afianzó como nación,

integró conocimientos provenientes también de otras tierras como Sumeria y Babilonia, y creó su propia identidad religiosa, cultural y mitológica. Este pueblo creyó en el impacto del rito, el que llegó a significar en la vida del hombre y de la mujer egipcios el gran viaje inspirado por la Divina Maat —o la conciencia cósmica— junto a la conciencia personal... Todo esto con el único objetivo de lograr la transformación del ser humano en su viaje al otro mundo, después de la muerte. Entonces, mediante el proceso de transformación de vida-muerte-vida, llamado también por ellos Nacimiento del Día, se daba cuenta de Kepri, el Sol naciente.

Cada día era más bello y esplendoroso que el anterior, ya que se sobreponía a su propia muerte.

Ya en la Grecia antigua, aproximadamente tres mil años atrás (antes de la difundida Grecia helénica), Orfeo, el gran maestro, traía desde Egipto la enseñanza de poderosos rituales que dieron profundidad a los antiguos santuarios de Delfos y Eleusis. Lo que enseña Orfeo en Grecia completa el ritual de Deméter, la antigua diosa que recuerda el ciclo de la Tierra, la Luna y la fertilidad. Con las enseñanzas que trajo Orfeo acerca del nuevo dios Apolo se logra expandir la luz de la conciencia, la claridad que otorga el Sol y el conocimiento integrado a antiguos mitos dedicados a la Luna y sus misterios.

Siguiendo los pasos de Orfeo, Pitágoras también emprendió rumbo a Egipto, donde se inició en los conocimientos ocultos. A su regreso, entregó grandes y sabias enseñanzas al pueblo griego. Desde entonces, tenemos una Grecia “profunda”, la que pudo retener la importancia del mito como inspiración del acontecer divino de todos los días en muchos de sus pueblos. Gracias a grandes portavoces y poetas griegos, como Hesíodo y Homero, entre otros, reconocemos una Grecia mitológica bellamente narrada, difundida y atesorada hasta nuestros días.

La mitología chilena antes de Chile

Si hemos apreciado la importancia de los mitos en el surgimiento de las diversas civilizaciones a través de la Historia universal, es importante también reconocer los mapas mitológicos y simbólicos con los que se guiaron los hombres y mujeres que habitaron las tierras ancestrales de Chile antes de Chile. Si sabemos que desde tiempos y tierras lejanas los mitos han sido poderosas herramientas de conocimiento e identidad, incluso de orgullo para los diversos pueblos, debemos saber reconocer, con mayor razón, los mitos que han marcado la historia y evolución de las civilizaciones en esta parte del planeta.

Aquí en América, como en aquellas lejanas tierras, también se desarrollaron grandes civilizaciones, con toda una propuesta de mitos o narraciones que explicaban el acontecer y transcurrir de los eventos, tanto de la naturaleza como los propiamente humanos, y que es imprescindible conocer.

Muchas son las enseñanzas que podemos aprender si revisamos nuestra rica diversidad mitológica chilena. Sin duda, ésta tiene mucha fuerza y amarre, ya que ha permitido a nuestros pueblos originarios continuar con su visión de mundo, con sus costumbres y credos, pese a grandes intentos de evangelización y adoctrinamiento del mundo europeo y posteriormente criollo.

En la mitología de Chile hay una clave o constante: la gran reverencia a la tierra. En los pueblos originarios del norte, la tierra es llamada Pachamama; en los pueblos del sur, es llamada Mapu. La clave de nuestros ancestros ha sido comprender la vida desde el orden que propone la naturaleza, la tierra, el Mapu.

En las narraciones míticas chilenas se atesora la memoria de nuestros ancestros, la memoria de este territorio y, por supuesto, la memoria de la naturaleza. Ésta era, de hecho, también la fuente de sabiduría de los antiguos druidas, quienes, al igual que muchos de nuestros pueblos originarios, se valieron de los espacios naturales sagrados: la tierra, los volcanes, las estrellas, los manantiales, las flores, los colores, los árboles y, desde la fauna, el aprendizaje del espíritu (nguen, en mapudungun) de los animales. El ser humano se entiende así como organizador de estas bellezas naturales, creando catedrales inmateriales, intangibles y sagradas. El legado para su pueblo fue la profunda identidad (llamada a veces “porfía”, entendiéndose por esto la tremenda resistencia de los pueblos originarios a evangelizarse o “criollizarse” del todo, y manteniendo profundos lazos con su identidad ancestral, con sus tradiciones ancestrales y sagradas). Ésta fue la clave que permitió conservar una identidad propia a través de los siglos, a pesar de que el colonizador estuviera allí intentando imponer con fuerza su visión de mundo.

Los mitos son eternos porque sus motivos humanos o arquetipos son los mismos

Los temas o motivos humanos que dan vida a los mitos son muchos, pero, de alguna forma, han sido siempre los mismos a lo largo de los tiempos, aun cuando las distintas localidades donde se manifiestan se encuentren a gran distancia unas de otras.

Es por esto que los mitos traspasan generaciones e interesan tanto a niños como a adultos. Los mitos tratan, como hemos visto hasta aquí, de la imaginación, de la creación del mundo; narran las aventuras de grandes héroes, abordan las relaciones entre madres e hijos, hablan de grandes amores, de traiciones entre parientes, de entregas desinteresadas al bien común, de sueños y búsquedas de elementos sagrados que traerán la salvación espiritual a un determinado reino o pueblo. Todos estos motivos humanos —hay ciertamente muchos más— tienen el nombre de arquetipos, y se dan en todas las culturas y a través de todos los tiempos.

De esta forma es que podemos elaborar una mitología comparada, que efectivamente compara o equipara estos temas o motivos humanos. Por ejemplo, una evidente y fácil comparación de estos motivos humanos es la relación o contraposición entre la mitología romana y la mitología griega. Sabemos que la diosa del amor y la belleza es Afrodita en Grecia y es Venus en Roma, y que las dos son la misma. También sabemos que la diosa de la sabiduría griega Atenea y la romana Minerva son la misma; que la diosa de la fertilidad de los campos griegos Deméter, y Ceres en Roma son la misma; que los dioses del inframundo Hades y Plutón son el mismo; que los dioses del mar Poseidón y Neptuno son el mismo... Y así podríamos comparar a muchos más.

Este mismo ejercicio de búsqueda de relación entre figuras mitológicas lo podemos realizar comparando la mitología griega con nuestra mitología de Chile antes de Chile. El resultado es que también hay mitos parecidos que se relacionan. Pero los chilenos conocemos más sobre la mitología que viene desde afuera, como la griega, que sobre nuestra propia mitología. Esto se explica en parte porque la mitología griega pertenece al mundo occidental y Occidente se rige, querámoslo o no, por antiguos patrones griegos. Los conceptos de la búsqueda del conocimiento, del orden y la estética son apolíneos, es decir, provienen de Apolo; los conceptos de fiesta, y en cierta medida de desorden y celebración, son dionisíacos, provienen de Dionisos; los conceptos de belleza son los que

impone Afrodita, y así sucesivamente. Entonces, sin necesidad de haber siquiera leído alguna vez acerca de mitología griega, aprendemos de ella desde que nacemos y, de algún modo, crecemos insertos en ella.

Relación entre los mitos de Chile y Grecia

Al comprender que desde el principio de los tiempos el ser humano ha buscado respuestas a sus interrogantes existenciales a través del mito, y comprendiendo asimismo que todas las sociedades a lo largo de la Historia hemos interpretado los sucesos del kosmos por medio de grandes configuraciones mitológicas, es importante

destacar que, entre ellas, la mitología griega ha sido para Occidente la matriz colectiva fundamental de mitos a conocer y vivenciar. A su vez, a lo largo de Chile encontramos mitos ancestrales entre los pueblos quechua, aymara, diaguaita, mapuche, huilliche, aonikenk, kaweskhar y selk'nam, entre otros, lo cual evidencia nuestra enorme riqueza y diversidad narrativa. Por mucho tiempo esta riqueza cultural ha reverberado como oralidad colectiva, influyendo en los hábitos, costumbres y espiritualidad de los pueblos nativos. El conjunto de todo esto es lo que llamamos patrimonio cultural inmaterial ●

Ilustraciones de Tomás Keymer Ovalle

EL AMOR, LA TERCERA FUERZA, PERMITIRÁ UNIR CIELO Y TIERRA, HOMBRE Y MUJER

Piwke, hombre y mujer

En el Mito de Creación mapuche, la mujer tiene la gran misión de despertar a la Naturaleza y al hombre mapuche. Las plantas de sus pies tienen el poder de hacer brotar una alfombra vegetal, desde la cual emana la variada flora de plantas verdes y flores perfumadas. El segundo paso en el proceso de la Creación, consiste en que de las palmas de las manos de la mujer emana el poder de otorgar vida a los animales de la Tierra. Luego, de los pétalos de flores lanzados al aire, surgen todas las aves. Rodeada ya la mujer por la Naturaleza despierta y viva, le queda aún una labor que realizar: despertar al hombre. Una vez a su lado, los órganos del hombre se animan uno a uno. Sin embargo, la mujer no puede despertar un órgano muy importante, su corazón. Ella es capaz de hacer despertar todo el cuerpo y la mente del hombre, pero no su espíritu

(*pellü*), que está dormido al interior del corazón, el *piwke*. El corazón tiene energía independiente. La energía del corazón es la que después permitirá fundir la energía del Cielo, del hombre, con la energía de la Tierra, de la mujer.



Eros, Gea y Urano

En el comienzo —dice Hesíodo— estaba el Caos; ese espacio en el que aún no existe la Naturaleza creada y todo está por hacerse. Después, se esboza la primera de las realidades, que perfila y le da sentido a la Creación: la Tierra. Según el mismo Hesíodo, la Tierra es la “base segura de todo lo que es”.

Con la Tierra, el mundo ya se encuentra dividido y distribuido. Hay un Caos “bajo tierra”, que más tarde será el Infierno, y un Caos “sobre la tierra”. En este segundo Caos se instala el Cielo, que emana de la Tierra.

A su vez, y en forma independiente, surge Eros, dios del amor, quien es la personificación del deseo y la búsqueda de la unión. Sólo con este tercer elemento tenderán a buscarse Tierra y Cielo, personificados en la unión de la diosa Gea y el dios Urano. Con esta unión realizada, comienza a completarse el Cosmos tal como lo conocemos.



DIOSES DE MARES, OCÉANOS Y SUS MOVIMIENTOS

El Millalobo

El dorado dios del océano, quien regula la vida marina y sabe de aguas revoltosas y agua tranquilas, se enamora de una mortal, mujer de la Tierra. Ella es la hacendosa Huenchula, hija de la más alta machi del lago Huillinco: la Huenchur.

La Huenchula, reacia en un principio a las declaraciones amorosas del Millalobo, cede finalmente a este profundo amor y se hace devota de sus leyes. Juntos conciben a la Pincoya, encargada de la fertilidad del mar. El Millalobo y la Huenchula también son padres del Pincoy y de la Sirena.



Poseidón

Luego de vencer a Cronos y liberar a sus cinco hermanos, Zeus recibe como reino la Tierra y el Cielo. Su hermano Hades recibe el inframundo y su hermano Poseidón, el reino de los mares y océanos. Poseidón, el antiguo dios del mar, es llamado “Agitador de la Tierra”. Durante la repartición olímpica, Poseidón pasa a ser el Señor de las Aguas y Patrón de Pescadores y Marinos. Usando su tridente, obsequio de los titanes, logra agitar tanto al mar como a la tierra. Poseidón puede hacer brotar manantiales y conoce muy bien el poder de las tempestades, así como la dicha de las aguas pacíficas. Con Anfitrita, su esposa, tiene un hijo llamado Tritón, un dios con cuerpo de hombre y cola de pez. Su fiel amigo es el delfín, animal lúdico y despierto frente al hombre, brillante en sus destrezas acuáticas.



SERES DIVINOS DEL INFRAMUNDO REALIZAN EL JUICIO FINAL DE LAS ALMAS ANTE EL FUEGO SAGRADO

Trempilcahue

Lo primero que hace un ser mapuche al dejar este mundo es subirse a la Barca de los Tiempos rumbo al Mar de los Muertos, el mar que rodea la isla Mocha. Para el espíritu del ser mapuche, este viaje es en sí mismo una prueba, ya que la Trempilcahue, la balsera que

lleva a los muertos sentados sobre su lomo de ballena, da bruscos giros en el agua con el fin de hacer caer al difunto y desviarlo hacia las profundidades de lo oscuro.

Si el difunto resiste, es decir, si su conciencia está firme como para aferrarse a la barca que lo guiará a su destino más alto, significa que está listo para entrar en el otro mundo. Recién entonces, la balsera o Trempilcahue pronuncia a viva voz la pregunta que viene a significar el juicio final: ¿Traes la marca del fuego?

El peaje por este viaje hay que pagarlo con yankas, monedas de piedra. Si el difunto no trae yankas ni fuego, deberá aceptar que la Trempilcahue, o “La que te Hace Girar en Espiral”, le saque los ojos. Ella otorga la posibilidad de mirar nuestro interior, la posibilidad del despertar último del alma.

Hades

El Hades griego atesora tres grandes significados: el inframundo, el dios de los muertos y el dios de la riqueza.

Cuando alguien muere se dirige al inframundo, donde se encuentra Hades, cuyo nombre significa “el Invisible”, junto a su mujer Perséfone. Para llegar hasta allí es necesario recorrer un largo camino. Primero se debe cruzar el río Aqueronte, y la única manera de cruzarlo es navegando en el bote de Careonte.

A Careonte, el botero, debe pagársele el viaje con una moneda, el óbolo, depositada bajo la lengua de quien pasará a otra vida. Así, Careonte lo lleva hasta la otra orilla del río, donde se encuentra el Cancerbero, un perro de tres cabezas que custodia la entrada al inframundo. Una vez cruzado el umbral del Cancerbero, en el antepatio del palacio de Hades se encuentran los jueces del inframundo.

Allí, en el altar consagrado a Hécate, diosa encargada de custodiar el fuego, se realiza el juicio final. Según el veredicto, se define el camino que seguirá el difunto: se dirigirá al Tártaro si su alma es oscura; si su alma es virtuosa, su destino será el Eliseo, junto a los heroicos y benditos.



BELLAS HIJAS INOCENTES RAPTADAS Y TRANSFORMADAS EN REINAS DE LAS PROFUNDIDADES

Huenchula

La Huenchula es una niña alegre y hacendosa, hija de la hechicera Huenchur, quien la manda a buscar agua a un lago cercano.

Un día, Huenchula advierte la presencia de un lobo dorado y se asusta. Es el Millalobo, quien lleva mucho tiempo observándola con ávido interés. Huenchula le ruega a su madre que no la obligue a ir nuevamente al lago. Pero la Huenchur le da poca importancia a la aflicción de su hija, ya que necesita su apoyo doméstico para realizar su labor de machi.

La niña crece y el Millalobo la invita a vivir en las profundidades del mar.



Perséfone

Perséfone es hija de Zeus y Deméter, la diosa que brinda fertilidad a la Tierra. Un día, Deméter deja a su hija sola en las praderas. Perséfone se deleita mirando las flores y no se resiste al olor de los narcisos. Al arrancar uno, la Tierra se abre y aparece Hades sobre su carro. El dios del inframundo rapta a Perséfone, llevándosela hasta las profundidades de la Tierra.

Deméter se desespera ante el rapto de su hija y deja de brindar abundancia en la Tierra. Los humanos piden ayuda a Zeus, quien envía a Hermes, su mensajero, al inframundo. El heraldo de los dioses ruega a Hades que devuelva Perséfone a su madre. El dios responde que si Perséfone no hubiese probado la granada la dejaría ir. Pero ya ha comido tres granos de fruta, lo cual basta para quedarse en el inframundo como consorte Hades. De todos modos, llegan a un acuerdo. Una vez al año, en primavera, Perséfone saldrá a la superficie y celebrará la fertilidad de la Tierra junto a su madre para luego regresar junto Hades. Ambos serán dioses de las profundidades de la Tierra y regularán sus misterios.

